

mos la comida para después, y sin entrar al hotel Diomedes, que es el más frecuentado por los viajeros por ser el más antiguo y estar casi á la entrada de la ciudad destruída, penetramos á esta por una pequeña excavación, bajando unos cuantos escalones. Allí se encuentran los guardianes, pagados por el Gobierno para cuidar de la conservación de tan preciosos monumentos como son los que allí se hallan, y tomando un guía dimos principio á nuestro paseo, comenzando por visitar el pequeño museo que hay á la entrada. En él encontramos objetos todavía más curiosos que los que habíamos visto en el museo de Nápoles, pero lo que sobre todo nos llamó la atención fueron las momias. Los cadáveres carbonizados de aquellos infelices á quienes sorprendió la catástrofe, cuando se encontraban entregados á sus ocupaciones habituales, causan una impresión penosa; mas lo que llena el alma de terror es el cadáver de un individuo que se hallaba aprisionado. Véanse en aquel cuerpo, ennegrecido por el tiempo y por la acción de la lava, las contorsiones, los esfuerzos supremos del que lucha por salvar la vida. La muerte de aquel infeliz debió ser horrible.

La mayor parte de los objetos que allí se encuentran pertenecen al uso doméstico,

así como los que se han trasladado á Nápoles, son principalmente artísticos. Vimos algunas puertas carbonizadas, restos de cañerías rotas ó medio fundidas por el fuego, lámparas, muebles, utensilios de cocina, etc. etc, y por último, los preciosos manuscritos en forma de rojos, enteramente carbonizados, á los cuales la paciencia y la sagacidad de un erudito fraile ha encontrado la manera de arrancar los secretos que habían ocultado durante siglos.

Hondamente conmovidos por este espectáculo, pasamos á visitar las ruinas. Todos conocen la historia de Pompeya, primera estación del helenismo italiano, como la llama un viajero, y todos saben poco más ó menos la manera casual como se encontró el lugar donde estaba sepultada. Baste decir que cubierta la ciudad por una erupción del Vesubio, en el año de 79 de nuestra era habíase perdido hasta su memoria, cuando trabajando la tierra algún campesino, por los años de 1758, bajo el reinado de Carlos III, encontró varios objetos de arte, lo cual, como era natural, llamó la atención, y determinó la intervención del Gobierno en las excavaciones que se hicieron. Desde entonces se han continuado éstas, con mayor ó menor empeño, y en la actualidad se han descubierto como las dos terceras partes

de la ciudad quedando todavía sepultada bajo las lavas como una tercera parte de ella próximamente.

Por más preparado que esté el viajero por la lectura y las noticias anteriores, para las impresiones que espera recibir, son éstas tan vivas y tan intensas que superan á lo que uno esperaba. El silencio que por todas partes le rodea, los vestigios visibles de una vida tan agitada y tan bulliciosa, suspendida repentinamente por una de las más horribles catástrofes que la historia registra en sus anales, y formando estupendo contraste con la desolación y la muerte que reina en aquellas vastas ruinas, causan en el ánimo tan honda emoción, que sin quererlo se detiene uno á cada paso, no tanto por la curiosidad de examinar los objetos que se presentan á la vista, como para entregarse á las meditaciones que aquellos lugares inspiran. Es aquel el sepulcro, no de un hombre, ni de una familia, sino de una ciudad entera, sorprendida por la muerte en la plenitud de su vida, en el delirio de los placeres, en la embriaguez de las orgías, tal vez también, para muchos de sus habitantes, en los dolores de la esclavitud, en los sufrimientos de la enfermedad y en las angustias de la miseria.

¡Espectáculo conmovedor, único en su género!

Entregados á estos pensamientos recorrimos la parte explorada de la ciudad, empleando en elló más de cuatro horas. Las calles tienen aceras como las nuestras, y son rectas y angostas. Su anchura pocas veces llega á siete metros y algunas no llegan á cuatro, todas empedradas con grandes trozos de lava. En las bocacalles hay pasaderas para el paso de los transeuntes en tiempo de lluvias, y también ranuras en las piedras para el tránsito de los carros cuyas huellas, así como las de los caballos, se encuentran en algunos lugares marcadas en el pavimento.

Recorriendo las calles de Pompeya, se notan dos clases de edificios, unos con fachada á la calle, y otros sin ella. Los primeros son los que estaban destinados á algún comercio y se llamaban *tabernæ*, y los segundos eran viviendas particulares. En aquellos se encuentran todavía las ánforas ó vasijas que contenían el vino, el aceite y otras mercancías, y como su número es bastante crecido, los eruditos han deducido de este dato, que Pompeya era una ciudad de no escaso comercio.

Las dimensiones de las casas son muy variadas, así como su distribución, depen-

diendo una y otra circunstancia de la riqueza del propietario, de la extensión del terreno, etc. En lo general tienen la construcción y distribución de las casas griegas. Se entra á ellas por un pequeño corredor (*vestibulum*) que conduce al patio (*atrium*) rodeado de una galería cubierta, en medio de la cual se encuentra el *impluvium*, especie de concha, destinado á recoger las aguas pluviales. Detrás del *atrium* tienen una gran sala, llamada *tablinum*, lugar destinado por el amo de la casa á recibir á sus clientes, á despachar sus negocios, etc. Había después un patio rodeado de columnas, llamado *perystilum*, al rededor del cual se encontraban las piezas consagradas á la vida doméstica, á la vida de familia, los dormitorios, comedores, etc.; y por último, las habitaciones de los esclavos, generalmente muy reducidas. Parece que era común el pasar la mayor parte del día en los patios, donde se trabajaba y se desempeñaban todos los quehaceres, no ocupándose las habitaciones sino en los usos absolutamente necesarios. A espaldas del *perystilum* suele encontrarse una segunda sala llamada *æcus*, destinada igualmente á la vida doméstica; así como también suele encontrarse un segundo patio, convertido en jardín, ro-

deado de columnas el cual tenía el nombre de *sixtus*.

Muchas de las casas se hallan en un estado admirable de conservación, hasta el punto de que las pinturas murales conservan todo el brillo y viveza de su color primitivo, pueden leerse fácilmente las inscripciones, y el pavimento de mosaico está tan bien conservado como si fuera un trabajo reciente.

Sabido es que las numerosas inscripciones que se han descubierto han permitido restaurar enteramente la ciudad, no sólo dándose nombres á las calles que la forman sino hasta designando el nombre y profesión de los habitantes de las casas. Así se distinguen las calles de la *Fortuna* de la *Abundancia* etc, y los guías se encargan de mostrar á los viajeros la casa del *Poeta trágico* en cuyo mosaico están representadas escenas de la Iliada: la casa de *Panza* más amplia que la anterior, adornada en algunas de sus habitaciones con pinturas licenciosas, y la casa llamada de *Salustio* que es una de las más hermosas, entre las que se han descubierto, la cual tiene anexo un establecimiento de panadería con hornos y molinos. Nosotros las visitamos todas y en esta última nos llamó la atención la semejanza de los procedimientos empleados por

los antiguos en la elaboración del pan, comparados con los que nosotros usamos. Una persona del oficio hubiera podido señalar con toda precisión la oficina destinada á cada una de las diversas faenas. Véase allí lo que nosotros llamamos amasijo, los cernidores, el lugar para conservar la leña y las cañerías de plomo que servían para llevar el agua al punto donde se necesitaba.

Abajo de esta casa hay cuevas abovedadas adonde se baja por unas escaleras. Se refiere que en ellas se encontraron dieciocho cadáveres, entre los cuales se hallaba el de un niño abrazado á una persona grande; lo que ha hecho suponer que en aquel lugar subterráneo se refugiaron los habitantes de la casa, huyendo del peligro, en los momentos de la erupción. El que se cree que era el dueño de la casa, se encontró cerca de la entrada del jardín con una llave en la mano, y á su lado el cadáver de un esclavo que llevaba dinero y otros objetos de valor.

También nos llamó mucho la atención la casa de un mercader de vinos, por encontrarse en ella las ánforas intactas, siendo éstas de diversas formas y tamaños, las medidas que servían para despacharlo á los compradores y otros objetos curiosos.

Hay además, las casas llamadas de *Me-*

*leagro*, de *Apolo*, del *Fauno*, de *Cecilio Juncundo*, del *Fauno ebrio*, y otras muchas. En la de *Marco Lucrecio*, se encontró una inscripción con el nombre del propietario.

Entre los edificios públicos merecen citarse los templos de *Venus*, de *Mercurio*, de *Augusto*, de *Júpiter* de la *Fortuna Augusta* y algunos otros. Estos templos son por lo general grandes áreas de terreno con hermosas y elegantes columnas en derredor, con plataformas y escalinatas, entre cuyas ruinas se han encontrado magníficas estatuas que han sido trasladadas al Museo de Nápoles, habiéndose cuidado de dejar indicado el lugar que antes ocupaban. En algunos de ellos hay detrás de la cela un pórtico que circundaba las habitaciones de los sacerdotes ó sacerdotisas.

Uno de los más notables edificios públicos es la Basílica que era el lugar donde se administraba justicia. Tenía una hermosa fachada que veía al Foro, el vestíbulo se cerraba en el exterior por cinco puertas y en el interior había un pórtico de veintiocho columnas dividido en tres naves, en el fondo una plataforma donde estaban las tribunas de los *decemviros* ó jueces. Delante de la Tribuna se veía sobre elegante pedestal una estatua ecuestre de bronce.

Al salir de la Basílica se encuentra el *Forum civile*, vasto monumento que comprendía una área de ciento cincuenta y siete metros de largo por treinta y tres de ancho, todo enlozado de mármol y rodeado de pórticos, el cual servía para las reuniones públicas. Hay también restos de otro Foro, bastante amplio, llamado *Forum triangulare*, por la forma que tenía.

Las *Termas* públicas que ocupan una grande superficie de tierra, son también sumamente notables y merecen una detenida visita. Hoy no quedan más que las salas de los baños, pero aún es fácil distinguir el *frigidarium*, baño frío, del *tepidarium*, baño tibio, distinguiéndose todavía en las bóvedas de estos vastos salones las pinturas que las adornaban. El caño conductor del agua se conserva en perfecto estado. Pueden también visitarse otras *Termas* recientemente des cubiertas.

Son por último, muy notables, entre los edificios públicos de que venimos hablando, el *Gran Teatro*, y *Teatro Pequeño* y el *Anfiteatro* destinado á los combates de los gladiadores y de las fieras. Menor que el de Roma, tiene con éste grande semejanza, en cuanto al orden de la construcción, y se calcula que cabían cómodamente en él más de doce mil espectadores.

Después de haber recorrido todos estos sitios, no quisimos dar por terminada nuestra expedición sin visitar otros dos lugares de que hablan con interés los viajeros, porque ambos son interesantes para el estudio de las costumbres, aunque por diferentes motivos. El barrio donde estaban las casas públicas ó de prostitución y la calle llamada de los sepulcros.

El primero merece visitarse porque al recorrer las casas que en él se encuentran, al contemplar las pinturas de esos lugares de disolución se llega á comprender, mejor que con la lectura de los historiadores, á qué grado había llegado la corrupción de las costumbres en los pueblos entregados á los errores del paganismo. Cuando se leen algunos pasajes de los autores clásicos, especialmente de los poetas, cree uno que hay exageración en lo que refieren. Pero al visitar á Pompeya queda uno convencido de que han dicho la verdad.

La calle de los sepulcros, que está muy cerca de la Puerta Herculana, es una de las ocho puertas que daban entrada á la ciudad, y es igualmente interesante, aunque por un motivo como hemos dicho muy diferente. Ofrece á nuestra consideración una doble ruina, nos presenta la imagen de una doble destrucción: la destrucción del hom-

bre por la muerte, y la destrucción de una gran ciudad, por efecto de una de las más grandes catástrofes de que hace mención la historia. Si es triste recorrer con lento y mesurado paso aquellas calles desiertas donde en otro tiempo se agrupaba una multitud bulliciosa, penetrar en aquellas habitaciones vacías que todavía nos dan á conocer en sus pinturas y en sus inscripciones el lujo de sus antiguos moradores; no es menos honda la emoción que agita nuestro espíritu cuando contemplamos aquellos monumentos fúnebres donde los muertos no encontraron el reposo que buscaban. Después de tantos siglos aun viene la mano del hombre, movida por disculpable curiosidad, á remover sus cenizas, y si los que allí descansan no fueron testigos de la gran catástrofe, una calamidad común ha venido á confundir, ante las nuevas generaciones, las habitaciones de los vivos y los sepulcros de los muertos. Tales son, poco más ó menos, los pensamientos que ocupan la mente del viajero, cuando cansado de recorrer aquellos tristes sitios se detiene á descansar en el banco de piedra que está junto al sepulcro de la sacerdotisa *Mamia*.

Abandonando, aunque con pena unos lugares donde habíamos experimentado tan profundas emociones, y satisfecha algún

tanto, si no del todo, nuestra curiosidad, antes de dirigirnos al hotel Diomedes donde debíamos almorzar, dimos todavía un corto paseo sobre la parte de la ciudad que aún permanece oculta bajo una capa de tierra de origen volcánico. Es esta tan deleznable y tan fina que los piés se hunden al pisarla. Vimos algunas excavaciones que aún se estaban practicando, no sabemos si por los campesinos que habitan aquellos contornos ó por los empleados del gobierno. La perspectiva que allí se disfruta es magnífica, y si los ardores de un sol abrasador no nos lo hubieran impedido, habríamos prolongado algo más nuestro paseo.

Con un apetito fenomenal llegamos al hotel, en uno de cuyos departamentos están expuestos para su venta, multitud de objetos curiosísimos y admirablemente trabajados unos de lava del Vesubio, otros de piedra y otras materias duras; éstos figurando antigüedades recogidas entre las ruinas, aquellos fabricados conforme al gusto moderno. Experimentaría grande embarazo el viajero que quisiese comprar todo lo que le llamase la atención.

Ya en la fonda supimos, para nuestra satisfacción, según el dicho del posadero, que en aquel mismo comedor y en la misma me-

sa se había sentado el Emperador D. Pedro del Brasil, el cual, como nosotros, viajeros desconocidos, había ido pocos días antes á visitar las ruinas de Pompeya, buscando en aquellos restos del pasado los medios de satisfacer su imperial curiosidad.

Frente al hotel Diomedes está situado otro, cuyo nombre no recordamos, y más abajo se encuentra la población llamada *Nueva Pompeya*, la cual no debe ser tan pequeña, pues tiene una hermosa catedral, recién construída, según parece. No tuvimos tiempo de visitarla; pero sí nos llenó de admiración el valor de aquellas gentes que construyen sus casas, edifican monumentos y se establecen de una manera permanente, á los pies del coloso que sin cesar los amenaza, pudiendo decirse sin faltar á la verdad, que en la obscuridad de la noche se ven alumbrados por las llamas cárdenas que salen de la boca del volcán.

A nuestro regreso á la ciudad nos esperaba una agradable sorpresa que no formaba parte de nuestro programa. Poco después de haber salido de Pompeya comenzamos á encontrar, unos después de otros, varios carros adornados con follaje y banderolas de diversos colores, y tripulados por una multitud de hombres, mujeres y niños, que tocando diversos instrumentos y dis-

parando petardos y armas de fuego, daban muestras de la más bulliciosa alegría. Nuestro cochero nos informó que eran vendimiadores que celebraban las primeras ventas que iban á hacer á Nápoles del vino cosechado en aquel año. Difícil es describir un cuadro tan animado como el que se presentaba á nuestra vista. Pasaban de seis los carros que á diferentes distancias iban delante de nosotros ó nos seguían; todos ellos, como ya dijimos, adornados de mil maneras y ocupados por personas vestidas con los trajes más pintorescos. Mucho celebramos haber encontrado esta oportunidad que no esperábamos, de conocer una de las costumbres características de los campesinos napolitanos.

Mas bien pronto nuestro placer se convirtió en angustia, porque estimulado nuestro cochero por los gritos y los clamores de aquellos sus alegres compatriotas, comenzó á azuzar á sus caballos más de lo debido hasta entablar con los conductores de los carros una verdadera competencia en la cual cada uno pretendía salir vencedor. Momentos hubo en que creíamos ver volcado nuestro caruaje ó desbocado el tiro que lo arrastraba; y todo en medio del estruendo de la música, de los gritos de los competidores, de las risas de los muchachos y de

las mujeres, y de los disparos de las escopetas. Felizmente para nosotros, el carro guiado por el más entusiasmado de nuestros émulos cayó hecho pedazos en la mitad del camino y acudiendo sus compañeros á levantar á los caídos y ayudarles á reparar el daño que habían sufrido, salimos nosotros vencedores de tan empeñada contienda.

Uno de nuestros compañeros reprendió vivamente al cochero por habernos convertido en héroes contra nuestra voluntad y así terminó aquella divertida, aunque peligrosa escena.

Entre las condiciones ajustadas con el cochero entraban la de que á nuestro regreso debía traernos por diverso camino del que á la ida habíamos llevado. Esto nos hizo pasar por *Resina*, donde se encuentra la entrada á las excavaciones de Herculano, que no tuvimos tiempo de visitar. Después, ya, en la ciudad, tomamos la *Strada de Marinella* hasta llegar á la *Villa del Popolo* paseo encantador que no habíamos tenido oportunidad de visitar. Este paseo está formado sobre una isleta, unida á la tierra firme por una estrecha lengua de tierra. Es propiamente una península en miniatura, y fácil es comprender qué aspecto tan agradable ofrecerán las arboledas, las flores, las

frutas y las estatuas que forman este paseo, brotado, por decirlo así, del fondo de las aguas. Fué sin duda un pensamiento muy acertado aprovechar aquella isleta en la formación de un paseo público, que si no iguala en extensión y en magnificencia á la famosa *Villa Nazionale*, seguramente le supera en poesía y en encantos naturales.

Dadas las ocho de la noche llegamos á nuestra posada, empleando el siguiente día en visitar algunos otros monumentos de que ya hemos dado noticias á nuestros lectores.

No cabe dudar de ello, Nápoles, por la suavidad de su clima, la hermosura de su cielo, su incomparable golfo y su exuberante vegetación; por los ricos monumentos que encierra, por los recuerdos históricos que despierta, y por su importancia marítima y comercial, es digna de la admiración del viajero y debe colocarse entre las grandes capitales de Europa.

